



LA MASCARILLA: UNA NUEVA ANORMALIDAD



Resumen

La mascarilla es nuestra trinchera en la guerra contra el Coronavirus, además de la distancia física. Bajo la aparente uniformidad, por detrás de esas máscaras, se esconden muchas diferencias subjetivas, incluidas las económicas. Su uso obligatorio y la pérdida de nuestra fisonomía, y por lo tanto de nuestra identidad, trae consecuencias psíquicas importantes. Nuestra tarea profesional es ayudar a expresar y elaborar las angustias por el terrible contagio, así como las emociones que puede generar la colocación de la mascarilla sobre el rostro. Mascarilla que no solo tapa, sino que también tiene el poder de revelar los aspectos reprimidos. Esto explicaría la aceptación o el rechazo a enmascararse. Esta pandemia también nos confronta a nuestras propias emociones en nuestro entorno personal y en nuestro rol de psicoanalistas.

Palabras clave

Mascarilla, protección, uniformidad, diferencias subjetivas, oculta y revela

Abstract

Face masks as well as helping us to keep social distance, represent our trench on this war against Covid 19. However, on this apparent uniformity, under the face mask we can find many subjective differences, including the economic ones. Its compulsive use, and because it hides our physiognomy, we might lose our sense of identity, bringing important psychological consequences. As clinicians, our task is to help our patients to express and elaborate the anguish due to the terrible contagion, as well as the emotions that the placement of the mask on the face can generate. This would also explain the resistance to wear it. This pandemic also confronts us with our own emotions in our personal environment and in our role as psychoanalysts.

Keywords

Face masks, protection, uniformity, subjective differences, cover and reveal





*Me pongo la mascarilla y salgo al mundo
Salgo como un guerrero que se pone su yelmo
para lidiar con el enemigo.
Y como el guerrero, debajo del yelmo
me acompaña el miedo. Mis miedos[...] }
Y por eso avanzo y abanico el aire con mi lanza
buscando un punto en el horizonte donde anclarlo.*

Introducción

La pandemia del Coronavirus ha sido y está siendo como un tornado que arrasó con nuestras vidas habituales.

Los tornados pueden quebrar las ramas de un árbol, cortar su tronco por la mitad y arrancar sus raíces. Así sucedió hace unos meses en Banyabulfar, un pueblo del Mediterráneo mallorquín, por donde al pasar se puede divisar un escenario desolador con kilómetros de árboles destruidos y muertos. Nos muestra nuestra impotencia ante el descontrol de las inclemencias de la naturaleza.

El Covid 19 nos conecta con esa impotencia tanto por la sorpresa de su aparición, como por la rapidez de su contagio, como por su propagación por todos los confines de la tierra. Es un virus invisible e impredecible por su misterio: no se sabe bien su origen ni cómo tratarlo para vencerlo. Por lo tanto, más peligroso que los contrincantes reconocidos y focalizados de una guerra.

He elegido el tema de las mascarillas porque tienen consecuencias psíquicas, a pesar de que hasta el momento sea, junto a la distancia social, uno de los recursos para defendernos de su capacidad destructiva y para calmar nuestra incertidumbre, ya que la vacuna es una promesa lejana y poco fiable por ahora.

El texto del encabezamiento muestra la función de la mascarilla para protegernos de este virus enemigo. Corresponde a Ana, una de las participantes del taller de escritura que coordino hace tiempo en el área de la arteterapia (ahora en línea). Se llama «La palabra sentida» (Volosin, 2020), ya que proviene de «sentir», en sus dos acepciones: sensibilidad y sentimiento. Para este fin pedí que contactaran con sus caras, se miraran en

el espejo con la mascarilla colocada encima y, luego de mirarse con los otros, estuviesen atentos a las imágenes que surgieran como inspiración para escribir un cuento y frases alusivas. Los fragmentos de estos escritos los usaré durante momentos de este artículo.

La era de las mascarillas

El paisaje humano enmascarado (so pena de multas), caminando por las calles, es surrealista. Ha cambiado drásticamente nuestra visión del mundo exterior, aunque para los niños pequeños será su visión de la realidad. Pero es una «nueva normalidad» como la denominan, o ¿una nueva anormalidad?

Esta mascarilla es una máscara que ha venido a instalarse en nuestras vidas y nuestros rostros por mucho tiempo y en forma masiva.

Esta mascarilla es una máscara que ha venido a instalarse en nuestras vidas y nuestros rostros por mucho tiempo y en forma masiva. Por eso nuestra época podría llamarse la era de las mascarillas.

Creo que también podríamos decir que es la época del enmascaramiento y la mentira mediática, con su ocultamiento de los hechos por poderosos e inconfesables motivos. Como en nuestra clínica sucede con la resistencia de los pacientes cuando enmascaran, consciente o inconscientemente, poderosas emociones.

La mascarilla pertenece a la categoría de las máscaras de material. Llevo años investigando y trabajando con ellas para las escenas de psicodrama y dinámicas grupales. Las máscaras han formado parte de la historia de la humanidad cumpliendo distintas funciones.

En África, la máscara guerrera, la de la danza y la del chamán, son consideradas máscaras sagradas como encarnación de los dioses. También en el teatro japonés kabuki con sus máscaras Noh. O en el teatro griego, de donde la palabra «persona» proviene para referirse a las





máscaras de los personajes.

Pero en nuestras sociedades no solo se usan en las fiestas de carnaval rematando a un disfraz, sino también en la cotidianeidad laboral, como la de los herreros o los apicultores. O con fines políticos como hace el Ku Klux Klan de la ultraderecha americana o el subcomandante Marcos del Ejército Zapatistas de Liberación Nacional de México.

Enmascarando la muerte

En la dimensión de lo existencial, en esa dimensión entre la vida y la muerte, han estado y ahora nuevamente están las máscaras protectoras de los virus letales. En la peste de Lyon de 1628 los médicos se enfundaban en un traje de piel con guantes y máscaras de pájaros con un pico larguísimo. En las fotos de la trágica pandemia de la gripe española de 1918, se ven las multitudes con el rostro tapado por mascarillas como las nuestras, pero solo de tela y tul.

En esta asombrosa pandemia que lamentablemente nos toca vivir en este 2020 inolvidable, el coronavirus es una amenaza para nuestro cuerpo y nuestra vida. Pero aún las imágenes de TV, con miles de féretros, no consiguen que se tome conciencia real de nuestra muerte.

No puedo dejar de mencionar las vicisitudes de este tema en Freud, a quien le tocó vivir la Primera Guerra Mundial. En *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* escribió sobre la negación de nuestra propia muerte. Aunque también de la ambivalencia de la muerte de nuestros seres queridos. Termina diciendo: «si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte» (Freud, 1915).

En 1920 el drama de la pandemia de 1918 le arrebató a su hija Sophie, la alegría de su vida, tal como le escribe al pastor Pfister al poco tiempo. Y a los tres años pierde a Heinz, su nieto amado, hijo de Sophie. Estos golpes acumulativos de muertes hacen carne en su conciencia de la muerte y le hacen cambiar hasta su concepto del duelo.

Más tarde se le declara su cáncer de mandíbula, que se atribuye a su adicción al tabaco. Pero, con los avances de la psicosomática, podemos pensar que su enfermedad desenmascara el dolor profundo en su rostro habitualmente inexpresivo. «Soporta su vida» unos años más, gracias a la investigación del psicoanálisis, con obras escritas muy importantes, y a su difusión, su misión, su única fe a pesar de su judaísmo. En los momentos de sus trágicas pérdidas se lamenta de no tener otra fe.

En la obra antes mencionada, Freud extiende el concepto de *desmentida* a cualquier persona que se defiende del trauma de la muerte por su irrepresentabilidad en el psiquismo, aunque no mencione ese vocablo.

En efecto, en ninguno de los escritos de mi taller aparece la palabra muerte. Ana menciona los miedos «a la enfermedad, al contagio, a perder a los que quiero, a no volver a ver a mis amigos, a que desaparezcan todos mis sueños». Pero no aparece la palabra muerte.

Solo Amelia sorprende con un lapsus en su relato: «Las bocas se vestían y se amortajaban con una segunda piel». La referencia a la mortaja en vez de la a mascarilla delata la angustia a la muerte en vida o a la muerte física que la pandemia provoca. En el caso de Ana, la palabra es una máscara que tapa, en Amelia la palabra revela.

Pareciera que cuando más nos ronda la muerte, más nos aferramos a la vida. La mascarilla cumple esa función.

Enmascarando la vida: diferencias subjetivas

En este momento nuestro cuerpo toma más protagonismo, no solo porque está más expuesto y más vulnerable, sino también porque la mascarilla y la distancia social, con la privación de contactos, nos hace añorarlo.

El esquema corporal, como representación consciente de nuestro cuerpo, con nuestra máscara insertada en nuestro rostro, formará parte de la imagen habitual de este mundo. Muchos niños pequeños crecerán con esta percepción tanto de su propio cuerpo como del de los demás.





Nuestra cultura occidental, con su culto al *selfie* y a la individualidad, no acepta esta uniformidad. Lo contrario de lo que sucede en la cultura china o en la japonesa. En Occidente, el otro es un desconocido que puede contagiarme.

El comercio de mascarillas ha inventado las mascarillas personalizadas con diferentes colores, diseños, escudos, imágenes, transparencias en la boca o fotos de la propia persona. El acceso a ellas descubre también diferencias sociales, ya que una familia con dos o más hijos y riesgo de desocupación no puede asumir ni el costo de las mascarillas básicas. No hablemos de lo que está sucediendo en zonas pobres de África o Latinoamérica donde no hay ni siquiera agua y jabón para lavarse las manos.

Pero, además de las diferencias sociales, están las subjetivas. En ellas quiero profundizar: el enmascararse o desenmascararse viene condicionado por los distintos perfiles de personalidad.

F. Dolto (Dolto, 1984) diferencia el esquema corporal de la imagen inconsciente del cuerpo, como una impronta subjetiva, ya que esta imagen se va configurando inconscientemente por todo lo vivido desde el comienzo de nuestra existencia. Si bien para ella corresponde a las primeras representaciones psíquicas pre especulares donde actúan los afectos, las palabras y las vivencias corporales y relacionales, considero que muchas de las experiencias de la vida de adulto pueden quedar grabadas en el cuerpo ligadas a las imágenes primarias. En este sentido, en la actualidad la utilización de dibujos del propio cuerpo como las usaba Dolto no solo podrían usarse en sesiones con niños. Junto a las asociaciones libres pueden darnos pistas de los efectos emocionales de la pandemia.

En el epílogo de *El hacedor*, J. L. Borges (Borges, 1960) cuenta como un hombre se propone dibujar el mundo y a lo largo de los años lo puebla de montañas, islas, instrumentos, habitaciones, personas, etc. Antes de morir descubre que ese laberinto de líneas traza la imagen de su cara. La imagen inconsciente de su cara.

La cara es la sede de nuestra identidad. Si se coloca una

máscara sobre el rostro, este cambia inesperadamente: surgen otras emociones, otras actitudes corporales, otras conductas, se revela otra persona que brota del inconsciente.

Entonces es importante preguntarse qué efectos tendrán las mascarillas en nuestra identidad. Porque, según esta psicoanalista infantil, alterarían la imagen de base de la mismidad del ser, la erótica y la funcional de la pulsión de vida.

Entre los distintos tipos de máscaras está el antifaz que cubre la parte superior de nuestra faz, o la careta que la cubre pero que deja orificios como ventanas abiertas para los ojos, la nariz y la boca.

La mascarilla tapa completamente la nariz y la boca. En Argentina se la suele llamar *tapaboca*.

La función de la máscara, como ya lo mencioné, es doble: tapar y revelar. En este caso se acentúa el acto de tapar. Tapar las zonas más peligrosas para no recibir ni emitir el virus.

Por ese motivo, a pesar de su incomodidad, se convierte en un objeto de poder, como las máscaras de las sociedades primitivas. Se convierte en nuestro refugio, como fue nuestra casa en el confinamiento.

Siendo entonces una protección de vida para nosotros y un acto de amor para los demás, ¿cómo se entiende que muchos no la quieran usar? Dejo aparte los motivos políticos de esta resistencia.

La salud pública contempla las razones físicas como las enfermedades respiratorias o la discapacidad para eximir de su uso, pero deja una franja ambigua para otras razones. No he encontrado ningún espacio mediático español donde se mencionen las causas psíquicas, perdiendo una oportunidad de concientizar a la población sobre este tipo de motivos.

Es nuestra tarea como profesionales de la salud mental investigar estas causas y divulgarlas. Y en la clínica privada





y pública, intentar ayudar a nuestros pacientes a conectar con lo que las mascarillas le producen y elaborarlo.

La sensorialidad cumple en el ser humano una función de expresión y comunicación. La boca es nuestra primera zona erógena que nos ha vinculado con el pecho materno por su leche y su alimento afectivo. Así aprendimos a comer, hablar, cantar. Y pudimos sonreír y besar.

Amelia también escribió: «En la era de las mascarillas las bocas se convirtieron en objetos de moda, moda de sonidos apagados.» Y Andrés confiesa sus sensaciones: «el encierro me visita cuando los elásticos aprietan mis orejas y las silabas filtradas salen desvanecidas.»

en la represión de la agresión. En otro momento del texto de Amelia aparece lo tapado como lo prohibido que alimenta el deseo pero que puede postergarse: «las sonrisas imaginadas, soñadas, dibujadas y atrapadas en la memoria a la espera de poder tocarlas».

Andrés se libera con un cuento donde el deseo triunfa sobre la represión: «fueron desechando la ausencia y el encierro, las mascarillas y las distancias, se fueron acariciando en un lecho de hojas y pinochas, conmovidos por sus mareas arrancaron al bosque el gemido más gustoso».

Y por fin un ejemplo de transformación creativa. En la historia de Margalida una niña le pide que se saque

La cara es la sede de nuestra identidad. Si se coloca una máscara sobre el rostro, este cambia inesperadamente: surgen otras emociones, otras actitudes corporales, otras conductas, se revela otra persona que brota del inconsciente.

Si la voz queda ahogada, gritamos para entendernos y entonces también se altera la escucha. Al tapar la nariz, se inhibe el olfato y la respiración y se siente asfixia. Estas zonas son fundamentales para los comienzos de la creación de la imagen del cuerpo.

La mascarilla y la falta de contacto nos desplaza de la angustia de muerte a la angustia de castración, recordando a Freud. En los siguientes relatos se pueden seguir las vicisitudes del deseo. Felipe cuenta que «Fernando buscaba pareja». En el buscador del ordenador escribió «un nombre ficticio y una edad ficticia». Contactó con una chica y a los meses quedaron en un bar. Allí todos tenían que usar mascarillas. Ninguna de las mujeres se le acercó. «Esperó y esperó y decidió irse. La mascarada había terminado».

En este caso todo es ficticio. Y la mascarilla es encubridora y frustrante del deseo. Esta frustración reaparece en otras frases de Andrés: «Incertidumbre con la boca a media asta, angustia con dientes mordedores». La mascarilla se convierte en un bozal,

la mascarilla y le da un beso. «No pude. Le propuse besarnos por el codo. Lo hicimos de pie, sentadas, de rodillas y terminamos riendo. Aprendí que los niños en el futuro no perderán la sensibilidad en la piel».

Y de los cuentos imaginados volvamos a lo que sucede en la realidad social. Reflexionemos sobre estos jóvenes que se rebelan a las restricciones recomendadas, con encuentros en botellones o en discotecas y ahora con manifestaciones de violencia callejera. Encuentros que han sido y son una de las causas de los rebrotes en toda Europa.

La obligatoriedad de la mascarilla la viven como la orden de un superyó castrador. Me recuerda lo que sentían los hombres en la pandemia de 1918, que rechazaban la máscara por ser poco varonil. Nuestra juventud siente un agravio a su libertad, viven como una imposición todo aquello que les coarta su deseo, su mundo pulsional y su placer.

Muchos podemos percibir en esta pandemia un instrumento para el control social, pero a pesar de ello





nuestro superyó sano nos aconseja no ser imprudentes en la realidad. Nuestra capacidad sublimatoria nos conduce a cuidar y cuidarnos, a que gane el amor sobre el deseo. En los jóvenes no existe esta capacidad anticipatoria. Solo podría darse si la realidad les tocara fuertemente o con la muerte por coronavirus de un familiar o con la gravedad de su propia enfermedad.

Muchos de ellos no han recibido una educación con límites claros. Y, por su edad, triunfa la omnipotencia narcisista, con la desmentida frente a la muerte, con una imagen corporal de autoafirmación que les hace negar su vulnerabilidad frente al virus.

En otros casos, por el contrario, hay personas con tendencias fóbicas, esquizoides, paranoicas o hipocondríacas, que sienten que la mascarilla les protege de sus miedos. Ana nos regala un cuento con un personaje que se llama Angustias. Una vez pasada la pandemia, se entera de que el Gobierno promulga una ley prohibiendo el uso de mascarillas. Esta ley le provoca desorientación y busca confirmaciones: «Se siente desnuda y vulnerable». Confiesa: «Me ahogo y me abrumo sin la mascarilla». Al fin Angustia vence sus angustias, retira la mascarilla de su rostro y descubre un mundo nuevo.

D. Winnicott (Winnicott, 1965) habla de un falso *self* que actúa como una máscara de sometimiento al exterior, pero que, en perfiles más sanos, sirve para estar conectado y proteger a su *self* verdadero. En esta línea terapéutica la finalidad es que el paciente conecte con su autenticidad. Como psicoterapeutas podríamos trabajar para que las mascarillas, como toda máscara, apunten a profundizar en quién soy yo. En línea con este psicoanalista, en las siguientes historias las protagonistas logran encontrar su «yo soy».

Mariona, en su narración, trae un personaje que cierra el baúl con todas sus máscaras. «Se atrevía a desafiar el destino, a no usarlas más y a mostrarse tal cual era ella.» Había logrado soltar la máscara de la sonrisa eterna para satisfacer a todos, luego la del sufrimiento y muchas otras que se volvieron insoportables. Al final se enfrenta

al miedo al «horrendo y patético bicho» y suelta su última mascarilla: «le plantó cara» arrancando cada uno de sus tentáculos, «desactivando su poder. ¡Que alivio!»

María Rosa narra, en un estilo más fantástico aún, el proceso de transformación del cuerpo pesado de una mujer a medida que se atreve a mirar hacia adelante y aceptar los mensajes de las personas y animales que se encuentra sincrónicamente en su camino. Acariciar a un caballo, seguir a un pájaro que le alienta a vestirse con ilusión, disfrutar de una puesta de sol. Se permite «ser ella misma». La pesadez como una máscara corporal, quizás de tristeza o masoquismo, desaparece. La autenticidad le aligera el cuerpo para seguir caminando y enfrentando también las adversidades. Seguramente su imagen inconsciente corporal se ha transformado.

Es interesante el mensaje sutil en ambos relatos: si conectamos con nuestro *self* auténtico, surge una fuerza interior que aprovecha nuestros potenciales para defendernos del virus. La autenticidad actuaría también como un medicamento psíquico para sostener la vulnerabilidad que nos genera la pandemia.

Y para terminar creo que es muy importante hablar de los casos actuales llamados fronterizos, que se caracterizan por su fragilidad psíquica y por la imagen frágil de su propio cuerpo, cuyas madres no han podido funcionar como buenos espejos para reflejarlos y sentirse ellos mismos y así expresar con certeza su «yo soy».

Para ellos, la mascarilla encaja en la frase de Winnicott (Winnicott, 1965), seguramente inspirado en el juego del escondite infantil: «Es estupendo estar escondido pero desastroso no ser encontrado». Ni encontrarse, agrego.

La problemática es más seria que la que plantea Felipe en su relato del personaje en la «mascarada» del bar y su cita frustrada. Con la mascarilla perdemos nuestra fisonomía y la posibilidad de ser reconocidos, de ser encontrados singularmente. El peligro entonces para estos cuadros es ser o no ser, es perderse, entrar en un vacío, en la angustia impensable.





Por eso se puede comprender su rechazo a usar la mascarilla. ¿Podemos entonces juzgarlos o agredirlos por su transgresión, sin entender lo que sienten? Me recuerda a los fumadores que no pueden dejar el cigarrillo a pesar de que sea muy perjudicial para su salud y la de los otros.

Mi experiencia como terapeuta grupal con máscaras es evitar que, una vez elegidas, se apoderen del rostro. Se requiere contener la movilización emocional que estas generan. Y en especial en estos casos donde la desestructuración de la identidad que provocan las mascarillas puede ser abismal. Necesitan un vínculo terapéutico que les ayude a reestructurarla, como un buen espejo,

Es preocupante no poder acceder a las angustias de tantas personas de la población, cuando los medios no mencionan ni advierten de estas problemáticas. Como decía F. Dolto (Dolto, 1984) la imagen inconsciente del cuerpo solo puede hacerse consciente con un tratamiento psicoanalítico. Son un interrogante los efectos inconscientes que las mascarillas dejarán en su imagen corporal y en la de todos. Seguramente entraríamos en el campo de la psicopatología con sus distintos grados de gravedad.

Las mascarillas también revelan

Hasta ahora he escrito sobre las limitaciones psíquicas de una tapa bocas. Pero la mascarilla nos deja libres los ojos. La mirada es el único camino abierto para comunicarnos. En este caso las limitaciones vienen de nuestra educación.

Nuestra cultura occidental no tiene la libertad de mirarse a los ojos como sí la tienen las mujeres árabes detrás del burka. Tampoco los japoneses consideran que mirar a los ojos sea de buena educación. En nuestra sociedad solo les está permitido a los enamorados. O a la mamá con su bebé. Como si mirarse de frente produjera vergüenza o miedo a la invasión de lo más íntimo de cada uno. En una tribu del norte de Natal en Sudáfrica, cuando se saludan es condición esencial mirarse a los

ojos con estas palabras: «Nosotros te vemos».

En nuestro trabajo psicoanalítico, debido al uso del diván, se habla más de escucha, para que el paciente vuelva la mirada hacia sí mismo. Pero en la actualidad los pacientes vulnerables necesitan la mirada del terapeuta, captar su presencia. Tenemos entonces que revisar el manejo de la transferencia y la contratransferencia sensorial que esta más ligada al sentir. Como ellos lo hubieran necesitado de pequeños en su vínculo primario.

También en las dinámicas grupales las miradas toman un rol protagónico. Es interesante que revisemos nuestro contacto visual, porque nuestra práctica psicoanalítica tradicional pudo dejar en nosotros huellas de represión. ¡Qué difícil se nos presenta una sesión cuando el paciente nos descubre a través de su mirada, una emoción que él nos despierta! O que nos despierta esta pandemia, ya que estamos inmersos en su misma situación. Serían nuestras escenas temidas, de las que hablaron H. Kesselman (1977) y E. Pavlosky, que nos llevan a nuestra propia autenticidad como psicoterapeutas.

J. D. Nasio (Nasio, 1992) habla de 2 miradas:

- 1) El acto perceptivo de mirar, «captar con la mirada», «echar una mirada».
- 2) La mirada como satisfacción del acto, donde entran las miradas expresivas que delatan sentimientos.

Una sonrisa puede delatar más alegría en los ojos y en las cejas que en la boca, donde se puede estereotipar como una fachada. Cuando es genuina, la mirada se enciende con un brillo especial, como en una casa en la que se encienden todas las luces. Y de la misma forma podemos detectar muchas emociones, mientras que la sonrisa estereotipada es como una máscara donde se pueden esconder la ira, la tristeza, el temor, etc.

Vale la pena detenerse en un cuento, esta vez del escritor Galeano (Galeano, 2015) sobre un pueblo que no sabía mirar, hasta que un caos social obligó a los dioses a enseñar a diferenciar entre ver y mirar:





Así aprendieron estos hombres y mujeres que se puede mirar al otro, saber qué es, y que está, y que es otro y así no chocar con él, ni pegarle, ni pasarle encima. [...] También supieron que se puede mirar dentro del otro y ver lo que siente su corazón [...]. Muchas veces habla el corazón con la piel, con la mirada. [...] También aprendieron a mirar a quien mira mirándose, que son aquellos que se buscan a sí mismos mirándose en los otros. [...] Y lo más importante que aprendieron es la mirada que se mira a sí misma y se sabe y se conoce, la mirada que se mira a sí misma mirando y mirándose, que mira caminos y mira mañanas que no han nacido todavía, caminos aún por andar y madrugadas por parirse.

De esta forma, en un futuro ¿nos miraremos igual, miraremos al mundo igual, y la mirada hacia nosotros será la misma? Es una buena pregunta para nuestro quehacer clínico. Quizás así la mirada profunda se multiplicaría, como una semilla, en nuestros pacientes individuales y grupales, desde nuestros alumnos a la población. Sería el contagio de la pulsión de vida a través de nuestro contacto visual. Del contagio del corona virus al de las miradas del Corazón.

La mirada desde la mascarilla puede ser una ventana a la esperanza. ■

Bibliografía

BORGES, J. L. (1960), *El hacedor*, (1ª Edición) Buenos Aires, Emecé Editores.

DOLTO, F. (1984), *La imagen inconsciente del cuerpo*, (1ª Edición), Barcelona, Paidós, 1986

-Escritos del taller *La palabra sentida* bajo su coordinación online, Mallorca.

FREUD, S. (1915), *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Psicoanálisis aplicado, Obras completas, volumen 2, (1ª Edición) Madrid, Biblioteca Nueva, 1948 (1963), Epistolario 1873-1939, (1ª Edición). Madrid, Nueva Madrid.

GALEANO, E. (2015), *La historia de las miradas*, Los otros cuentos, (1ª Edición), Buenos Aires, Red de Solidaridad con Chiapas.

KESSELMAN, H. y otros (1977), *Las escenas temidas del coordinador de grupos* (1ª Edición), Madrid, Editorial Fundamentos.

NASIO, J. D. (1992), *La mirada en Psicoanálisis*, (2ª Edición), Barcelona, Gedisa, 1994.

VOLOSÍN, S. (2013), *¿Quiénes somos? De lo interpersonal a lo transpersonal a través de la máscara*, Hojas de Psicodrama, Año 21, Revista Nº.61, Asociación Española de Psicodrama, pág. 48, Madrid (2020).

WINNICOTT, D. (1965), *El proceso de maduración en el niño*, (3ª Edición), Barcelona, Editorial Laia, 1981.

Susana Volosin Sexer
[T] 630 16 66 13
[@] svolosin@fincaolivar.org

